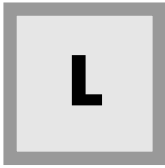




TRES PREMISAS *PARA* ENTENDER
Y EXPLICAR LA MIGRACIÓN MÉXICO-ESTADOS UNIDOS

RELACIONES 83, VERANO 2000, VOL. XXI

Jorge Durand
UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA



La migración México-Estados Unidos es un fenómeno social de carácter centenario, que involucra a millones de personas y que se materializa entre países vecinos. Estas tres características: historicidad, masividad y vecindad son, en esencia, lo que puede distinguir a la migración de origen mexicano, de otras tantas, que se dirigen y se han dirigido a Estados Unidos.

Ninguna corriente migratoria a la Unión Americana, que provenga de un solo país, ha durado más de cien años, salvo el caso mexicano; no existe un flujo migratorio mayor que aquel que proviene de la frontera sur y sólo la migración de México y la muy secundaria de Canadá pueden considerarse, como un fenómeno que se da entre países vecinos.¹

En este artículo se pretende definir en esencia, lo que constituye el núcleo básico de la migración México-Estados Unidos, aquello que lo distingue de otros procesos y por tanto lo define como un fenómeno social particular y diferente.

HISTORICIDAD

La migración entre México y Estados Unidos, es un fenómeno centenario y muy probablemente sea el flujo migratorio contemporáneo con mayor antigüedad en el ámbito mundial. Por lo general las migraciones se presentan en forma de oleadas y responden a inducciones por parte de la demanda o a situaciones muy concretas en los países de origen: crisis económica, guerra, hambruna, sequía. Según Saskia Sassen (1999) los ciclos migratorios suelen durar una veintena de años y así lo comprueban sus datos sobre la migración entre países vecinos en Europa. El caso mexicano, parece ser la excepción que confirma esta regla. Sin embargo, coincidimos en que los ciclos del movimiento pendular de la migración mexicana se dan en lapsos de veinte años.

Determinar el momento en que se inició el proceso, no tiene mucho sentido, cuando se trata de dinámicas centenarias, de países vecinos y

¹ Las migraciones del Caribe, en especial las de Puerto Rico, Cuba y Dominicana, tienen algunas características similares a las de países vecinos.

de fronteras móviles. A los chicanos de hoy les gusta remontarse al tiempo mítico de Aztlán; los mexicanos prefieren recordar la escasa veintena de años en que, como país independiente, controlaron políticamente ese inmenso territorio; para los norteamericanos fueron sus ancestros, muchos de ellos inmigrantes, los que colonizaron un territorio abierto, el salvaje oeste. Como quiera que sea, la historia desde cualquier punto de vista juega un papel importante en el proceso de conquista del territorio, la delimitación de nuevas fronteras, en la fundación de ciudades y en los flujos migratorios.

En efecto, algunas ciudades fronterizas se dividieron en dos, una vez que la frontera fue demarcada y simplemente una parte de la población se pasó al otro lado del río o de la "línea", según optara por pertenecer a uno u otro país. En el Paso del Norte, el viejo nombre, mutilado, se quedó del lado americano y la población de la orilla derecha pasó a denominarse Ciudad Juárez en 1888 (Durand y Arias, 1999). En otros casos, la población se quedó con el mismo nombre, pero se le puso un adjetivo para distinguirla: Laredo y Nuevo Laredo, que eran el mismo pueblo, incluso llegaron a celebrar fiestas de manera conjunta y se tuvieron que hacer esfuerzos, por ambas partes, para crearse una identidad propia que los distinguiera y los separara (Ceballos, 1999). En el caso de Nogales, en los estados de Arizona y Sonora, no hubo cambio ni adición, simplemente ambas poblaciones conservaron su nombre original. Al fin y al cabo allí no hay río que las divida. Finalmente, en casos más recientes se ha preferido hacer explícita la pertenencia a dos partes como en Mexicali y considerar a la ciudad vecina, Calexico, como un reflejo.

Es difícil hablar de migración en este contexto fronterizo, en proceso de separación y autodefinición. De ahí que cuando se hable de proceso migratorio, uno se refiera, sobre todo, a la que llega del interior del país. Proceso que empezó al mediar el siglo XIX (Quiroga, 1993) y tuvo su detonador de carácter masivo con el desarrollo tecnológico del ferrocarril, cuando la estación Paso del Norte, Chihuahua, recibió al primer tren del Ferrocarril Central Mexicano que estrenó la conexión entre la ciudad de México y la frontera norte, allí donde los vagones podían engancharse a los ferrocarriles de la Atchinson-Topeka-Santa Fe, Southern Pacific, Texas-Pacific y Galveston-Harrisburg-San Antonio.

Durante el siglo *xx*, se pueden distinguir cinco etapas o fases de la emigración mexicana a Estados Unidos, con una duración aproximada de 20 a 22 años cada una. La primera etapa se conoce como la fase del “enganche” (1900-1920) que arrancó con el siglo, en pleno esplendor del régimen porfiriano y se caracterizó por la combinación de tres fuerzas que de manera combinada impulsaron y desarrollaron el proceso: el sistema de contratación de mano de obra, privado y semiforzado, conocido como el enganche; la Revolución mexicana y su secuela de decenas de miles de “refugiados” y el ingreso de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial que limitó el ingreso de nuevos inmigrantes europeos y demandó, de manera perentoria, mano de obra barata joven y trabajadora, proveniente de México.

La segunda fase, conocida como de las “deportaciones”, se caracteriza por tres ciclos de retorno masivo y un solo ciclo de deportaciones cotidianas, llevado a cabo por la recién creada Patrulla Fronteriza (1924). Las deportaciones masivas fueron justificadas con el argumento de crisis económicas recurrentes: la primera en 1921, la segunda de mayor impacto y duración entre 1929 y 1932 y la última en 1939.

La tercera fase se la conoce como el período “bracero”, que se inició en 1942 y concluyó en 1964. Como se sabe, esta fase se inició, debido a la urgencia que tenía Estados Unidos de contar con trabajadores por su participación en la Segunda Guerra Mundial. Luego el programa se prolongó por dos décadas más debido al auge económico de la posguerra.

El cuarto periodo se conoce, como la era de los “indocumentados” (1965-1986), cuando de manera unilateral Estados Unidos decidió dar por terminados los convenios braceros en 1964 y optó por controlar el flujo migratorio con tres tipos de medidas complementarias: la legalización de un sector, bajo el sistema de cuotas por país, la institucionalización de la frontera que dificulta el paso y la deportación de los que no tuvieran sus documentos en regla.

La última y quinta fase de este siglo, conocida como la etapa de los “rodinos”² se inició en 1987 con la puesta en marcha de la ley Immigra-

² El calificativo de “rodinos” proviene de que uno de los promotores de IRCA, con la que fueron beneficiados cerca de dos millones de mexicanos, fue el senador Rodino.

tion Reform and Control Act (IRCA). El modelo migratorio impuesto anteriormente, de migración de ida y vuelta de carácter temporal, cambió radicalmente a partir del proceso de amnistía y el programa de trabajadores agrícolas especiales (SAW), que permitió la legalización y el establecimiento de más de dos millones de mexicanos indocumentados.

Estas cinco fases (Durand, 1994), con una duración aproximada de 20 a 22 años cada una, ponen en evidencia un movimiento pendular, de apertura de la frontera y reclutamiento de trabajadores por una parte y cierre parcial de la frontera, control fronterizo y deportación por otra.

El movimiento pendular, la duración y el ritmo lo marca la política migratoria norteamericana, que de manera unilateral, abre o cierra la puerta, de acuerdo con el contexto internacional (guerras), el momento económico (auge o crisis) y el ambiente político nacional (presiones de grupos, lobby, elecciones y xenofobia).

A pesar de la regularidad y la secuencia del ritmo pendular, no hay una lógica interna de largo o mediano plazo en las políticas migratorias norteamericanas. Los cambios se dieron como respuesta a presiones, urgencias o coyunturas políticas específicas. Esta manera de regular el flujo, ha funcionado con éxito para el caso de prohibir la inmigración oriental china y japonesa a fines del siglo XIX, para incentivar la migración europea a mediados del siglo XIX y comienzos del siglo XX, para luego frenarla súbitamente y para abrir momentáneamente la puerta a aliados chinos, filipinos, coreanos, vietnamitas y a refugiados judíos, húngaros, cubanos entre muchos otros.

Pero este sistema, de respuesta coyuntural y de política migratoria general, no funciona en el caso mexicano. Las relaciones sociales establecidas por generaciones entre ambos países, hacen imposible que la migración pueda ser detenida con medidas de control fronterizo, por más sofisticadas que sean, menos aun con decretos. Esta situación hace de México un caso especial, de ahí que varias leyes migratorias hayan tenido que señalar excepciones para el caso de los migrantes mexicanos. A esta particularidad del caso mexicano se refería el presidente Gerald Ford, cuando recomendó que se ampliara la cuota para el caso de los mexicanos. Para lo cual utilizó un argumento de tipo histórico: "the very special and historic relationship with our neighbor to the south" (Reimers, 1985).

En efecto, existe una relación de carácter histórico estructural entre ambos países, que se materializa en un mercado de trabajo binacional, donde a los migrantes mexicanos les toca la función de operar como ejército industrial de reserva del capitalismo norteamericano. Las migraciones europeas llegaban a Estados Unidos a poblar, la mexicana a trabajar. A laborar en un mercado de trabajo secundario, estacional y flexible, que se puede ampliar o achicar de acuerdo a sus necesidades o ritmos estacionales y que no repercute en los índices nacionales de desempleo. Las migraciones actuales de Sudamérica, Asia y Europa se insertan en mercados de trabajo distintos, porque provienen, en su mayoría de sectores medios y profesionales.³ La migración de origen mexicano es fundamentalmente de origen popular: campesino y proletario.

Esta situación estructural que responde a un contexto geopolítico, ha hecho posible que se desarrolle un proceso migratorio centenario, único en el ámbito mundial. Hace más de un siglo que los empleadores norteamericanos miraron al sur de la frontera y lo siguen haciendo, en busca de trabajadores jóvenes, baratos y capaces de desempeñarse en trabajos rudos. El desarrollo económico de la zona y las inversiones de capital, contaban con la premisa, de que en los estados fronterizos existían amplias reservas de mano de obra barata. Han ocurrido, obviamente, fluctuaciones; altas y bajas, pero el flujo de ida y vuelta nunca se ha detenido.

La continuidad del fenómeno sólo se explica por la persistencia de una relación salarial asimétrica, en un contexto de vecindad. La asimetría en un contexto de lejanía geográfica, no necesariamente genera migración de mano de obra barata. Estados Unidos, al ser el país más grande y poderoso del mundo, mantiene relaciones asimétricas con todas las naciones, pero no por eso genera migraciones permanentes y si se llegaran a generar, estas serían más fáciles de controlar. Por más barreras que se levanten, no se puede negar una historia de siglos comparada, menos aún un contexto de vecindad.

³ Los indicadores de pobreza que proporcionan la Oficina del Censo, en el reporte "Profile of the Foreign-Born Population of the United States, 1997" ponen de manifiesto una gran diferencia entre la migración latinoamericana y la mexicana. Todos los indicadores señalan que los mexicanos están en una situación precaria y desventajosa, con respecto a otros migrantes latinoamericanos (Schmidley y Costanzo 1999).

VECINDAD

México al sur y Canadá al norte, son los únicos países que tienen fronteras con Estados Unidos. En términos migratorios, la diferencia entre ambos países, radica precisamente en que Canadá, es un país de inmigrantes, que todavía los recibe en grandes cantidades y que México es un país de emigrantes, que todavía los envía en números crecientes.

Hay diferencias en el pasado y en el presente, que marcan una relación distinta entre México y Estados Unidos por una parte y entre Canadá y Norteamérica por otra. La relación con México, siempre ha sido una relación conflictiva, en cambio con Canadá hay una relación más pareja y en muchas ocasiones han operado y operan como aliados. La brecha económica y la distancia cultural de Canadá con Estados Unidos es mucho menor que la de México.⁴ Pero lo que marca la verdadera diferencia es la guerra de 1849 y la pérdida de la mitad del territorio mexicano. Canadá nunca tuvo una guerra con Estados Unidos y tampoco llegó a consumarse la anexión o independencia de la provincia occidental de British Columbia.

Durante el siglo XIX, la expansión territorial de Estados Unidos se dirigió a los cuatro puntos cardinales. Al oeste logró la anexión de Hawai y el control de Filipinas, hacia el este y el Caribe, logró la asociación de Puerto Rico, el control del canal de Panamá y la base de Guantánamo en Cuba. Por el suroeste logró la anexión de California, Arizona, Nevada, Utah y partes de Colorado, Wyoming y Nuevo México, además de la integración de Texas; en el noroeste se logró la incorporación de los vastos territorios de Oregon, finalmente hacia el norte, adquirieron los territorios de Alaska.

El “destino manifiesto” de la Unión Americana era crecer, pero sus gentes ya hacía tiempo que habían rebasado sus propias fronteras y en la década de 1830 los flujos migratorios se dirigían hacia Texas, California, Nuevo México y Oregon. En 1844 Asa Whitney ya había publicado su *Memorial* con una propuesta para la construcción del ferrocarril hacia

⁴ La brecha económica es bastante obvia, en cuanto a la distancia cultural el asunto es más complejo. En Estados Unidos hay mayor empatía con el Canadá inglés que con el francés, que al igual que el mexicano se esfuerza en marcar las diferencias.

el Pacífico, una de las rutas llegaría a San Francisco, California y la otra a Portland, Oregon (Bain, 1999). Antes de que se declarara la guerra con México ya se discutía en el Congreso norteamericano la propuesta de Whitney y había llegado la noticia de que habían grandes yacimientos de oro en California. La fiebre del oro, la obsesión por el Pacífico y por el ferrocarril coincidieron con el período presidencial de James Polk, quien hizo del expansionismo la política oficial.

La única forma de controlar los nuevos territorios conquistados era por medio de colonos y éstos tenían que llegar de fuera e integrarse a un país en formación. De ahí la urgencia de abrir las puertas a la inmigración de gentes provenientes de los más diversos lugares, incluido el oriente. Obviamente en esta corriente también participaron los mexicanos que conocían el territorio, eran expertos mineros y además eran vecinos. La carencia de poblamiento era generalizada y fue la razón por la cual Arizona y Nuevo México, fueron considerados “territorios” hasta 1912.

Por su parte, México, tuvo que hacer otro tanto para colonizar y defender lo que le quedaba de su frontera norte, que también estaba despoblada. Durante la segunda parte del siglo XIX México aceptó la llegada de personas y grupos que eran rechazados de Estados Unidos y por tanto posibles aliados. Fomentó la llegada de mexicanos repatriados que se habían quedado en los territorios anexados. Acogió a negros que huían de la esclavitud; a pieles rojas que escapaban de la guerra y el exterminio; a irlandeses, que se veían presionados por el predominio protestante. Muchos de ellos recibieron tierras a cambio de quedarse a vivir y colonizar la región fronteriza (Durand, 1994).

La tarea de poblamiento, no obstante, casi duró un siglo. Durante el último cuarto del siglo XIX y comienzos del veinte el contrabando ayudó a mantener con vida los poblados y a marcar la frontera. Los abigeos de uno y otro lado, hacían efectiva la línea divisoria al impedir el cruce de sus perseguidores (Cerrutti y González Quiroga, 1993; Durand, 1994). Luego la Revolución hizo lo propio, al convertir a los poblados fronterizos en el lugar privilegiado para el abastecimiento de armas y, por tanto, en el escenario de cruentas batallas. La ley seca, en Estados Unidos, terminó por darle un sesgo negativo o pecaminoso a la frontera al fomentar la prostitución, el contrabando y la producción de bebidas alcohólicas. Finalmente los proyectos de irrigación y la política carde-

nista de otorgar ejidos en la franja fronteriza, permitieron la creación de una infraestructura física y de redes sociales que hicieron posible la migración interna.

Como quiera, la “construcción social” de la frontera como algo inmutable, objetivo, evidente y necesario es relativamente nueva (Rodríguez, 1997). La expresión mexicana de “la línea”, tenía sentido porque se trataba de una línea imaginaria y la expresión “el otro lado”, tiene que ver con el otro lado del río Bravo. Se podría decir que la frontera empezó a ser efectiva en 1924, con la creación de la Patrulla Fronteriza, cuando se empezaron a tomar medidas coercitivas, no sólo administrativas, de control fronterizo.

En la actualidad, la franja fronteriza entre México-Estados Unidos es una frontera habitada (Zúñiga, 1998). México tiene como vecinos a cuatro estados americanos: California en la región West Pacific; Arizona y Nuevo México en la región West Mountain y Texas en la región West South Central. Por su parte, Estados Unidos colinda con seis estados mexicanos, Baja California y Sonora en el oeste, Chihuahua y Coahuila en el centro y Nuevo León y Tamaulipas por el este.

En un nivel administrativo menor, pero de permanente roce cotidiano, colindan 25 condados por la parte americana y 35 municipios por el lado mexicano. Esta región es considerada como una de las más dinámicas en el ámbito mundial: integra a 12 ciudades gemelas (Ganster, 1999) y tres zonas de influencia donde habitan cerca de 30 millones de personas (Marmolejo y León, 1999). A fines del siglo xx existían 26 puertos fronterizos, la mayoría de ellos abiertos las 24 horas del día. En 1987 se contabilizaron 196 millones de cruces fronterizos, lo que cubre a la frontera entre México y Estados Unidos como la más transitada del mundo (Arreola y Curtis, 1993)

A su vez, la frontera conecta por el oeste a una de las zonas más ricas de Estados Unidos, el condado de San Diego con Tijuana, ciudad nueva en proceso de formación, sin alcurnia, símbolo y realidad del presente industrial mexicano de corte maquilador.⁵ Sin embargo, por el este se

⁵ En 1990 había 1564 maquiladoras en las ciudades fronterizas, 530 en Tijuana, 320 en Ciudad Juárez y las demás repartidas en 14 ciudades fronterizas (Arreola y Curtis, 1993).

conecta una de las regiones más pobres de Estados Unidos, los poblados fronterizos del sur de Texas, con el área de influencia de Monterrey, ciudad de vieja alcornia y dinamismo industrial centenario.

En la actualidad la frontera del lado mexicano se ha convertido en el punto de destino preferido de las migraciones internas. Por el lado oeste, la ciudad de Tijuana tenía 25 mil habitantes en los cuarenta y en los noventa se acercó al millón. En el mismo estado de Baja California, la ciudad fronteriza de Mexicali, tenía 45 mil habitantes en 1940 y en 1995 se contaron cerca de 700 mil. Otro tanto sucedió en la región central de la franja fronteriza, con Ciudad Juárez, que en 1940 tenía 55 mil habitantes y a fin de siglo sobrepasó el millón. En el lado este de la frontera la capital regional es Monterrey, pero el trío de ciudades fronterizas tamaulipecas: Nuevo Laredo, Reynosa y Matamoros, en conjunto, se acercaban al millón de habitantes en 1990.

Pero a pesar del crecimiento los contrastes siguen siendo muy grandes, sobre todo en la costa oeste. La tasa de crecimiento de Tijuana en los ochenta fue el doble que la de San Diego, sin embargo, el PIB de San Diego en 1996 fue de 70 billones, mientras que el de Tijuana fue de 3 billones (Ganster, 1999).

Como quiera, la frontera es un nuevo espacio, donde día con día se recrea la relación entre ambos países y se empiezan a establecer relaciones políticas y económicas, propiamente fronterizas donde poco a poco se va ganando la batalla contra el centralismo de los dos países.

El dinamismo y el tráfico de mercancías en la frontera son de tal magnitud que hoy, se considera a México, como el segundo socio comercial de Estados Unidos, después de Canadá. Lo que confirma la importancia del factor geopolítico en la constitución de nuevos bloques económicos. El nuevo modelo de desarrollo económico de corte neoliberal y exportador ha resituado la importancia de México en el bloque norteamericano y ha hecho posible un Tratado de Libre Comercio. Un tratado, donde todavía no se asume la problemática del libre tránsito de mano de obra, pero donde ya ha quedado planteada tímidamente en acuerdos paralelos.⁶

⁶ En el TLC existe la posibilidad de visas para profesionales, que antes no existían.

La vecindad con Estados Unidos explica otras dos características básicas de fenómeno migratorio mexicano, la temporalidad y la unidireccionalidad. Desde fines del siglo pasado Estados Unidos definió una política migratoria diferente entre México, su vecino del sur y el resto del mundo. La migración mexicana, debía ser de ida y vuelta, es decir temporal; de carácter estacional, en otros términos especializada en el trabajo agrícola no en el industrial y finalmente, masculina, lo que en realidad significa pocas posibilidades de establecerse de manera definitiva. En la práctica las cosas fueron diferentes: muchos empleadores querían conservar a sus trabajadores por todo el año, se dieron los inevitables procesos de establecimiento definitivo y se abrió un nuevo sector demandante de mano de obra barata, el sector servicios. Como quiera que haya sido, el modelo de migración de ida y vuelta había funcionado, hasta que explotó en los ochenta, con el cambio de modelo migratorio impuesto por IRCA. En el preciso momento en que la migración estaba en su punto más alto, lo que coincidía con un cambio en el modelo de desarrollo económico, se dio el cambio de modelo migratorio, que a fin de cuentas vino a dinamizar aún más el proceso (Durand y Massey, 1999).

A pesar de todo, México es el único país del mundo que recibe un importante número de migrantes de retorno, que provienen de Estados Unidos. Rodolfo Corona, con base en datos de la ENADID, afirma que la migración de retorno en 1997 superó el millón y medio de personas y que la migración laboral de ida y vuelta, en las mismas fechas, superó los dos millones y medio de personas (1999).

El otro rasgo característico de la migración mexicana a Estados Unidos es su unidireccionalidad. De la emigración mexicana 98% se dirige hacia el país vecino (IFE, 1998). En México, país de emigrantes, no hay experiencias migratorias a otros lugares del mundo. La segunda corriente emigratoria se dirige al Canadá y son apenas 17 000 mexicanos, lo que representa 0.2 por ciento del flujo migratorio total que se dirige a Estados Unidos. La unidireccionalidad nuevamente se explica por la vecindad y esta a su vez explica, en buena parte, el por qué el flujo mexicano hacia Estados Unidos ha sido de carácter masivo.

MASIVIDAD

En términos numéricos el caso mexicano, es el fenómeno migratorio contemporáneo más grande del mundo. Se estima entre 7.1 y 7.3 millones el volumen total de migrantes mexicanos en 1996 y en 18 millones el volumen global de la comunidad de origen mexicano en Estados Unidos. En ese mismo año la población de origen mexicano representaba 6.8% de la población de Estados Unidos. En los últimos quince años la población de origen mexicano en Estados Unidos se dobló, pasó de 8.7 millones en 1980 a 18 millones en 1996. Cambio que se debe a cuatro factores: en primer lugar, el impacto directo del proceso de amnistía y el programa de trabajadores agrícolas especiales que benefició a 2 millones de mexicanos (efecto IRCA); en segundo término al incremento en los procesos de reunificación familiar, estimado en 1.6 millones de familias beneficiados; en tercer lugar el incremento de la migración no autorizada y finalmente las altas tasas de natalidad de la población de origen mexicano radicada en Estados Unidos (Bean, *et al.*, 1998).

En efecto, la comunidad mexicana es considerada como la segunda minoría más importante de Estados Unidos, después de la afroamericana y en un futuro cercano, la comunidad hispana, donde se inserta, se proyecta como la primera minoría étnica en la Unión Americana y se estima que su población será, aproximadamente 25 por ciento de la población total en el primer cuarto del siglo XXI (Bean, *et al.*, 1998). Como mercado interno, como potencial electoral y como presencia cultural los latinos cobran día con día mayor importancia.

Pero si bien en términos numéricos hoy se destaca el volumen de la migración mexicana a Estados Unidos, ésta siempre ha sido importante en términos relativos. En 1995 la población total de México rebasó los 91 millones de habitantes y el volumen total de la emigración a Estados Unidos representaba 7.7 por ciento de la población total. Según las estimaciones realizadas por el antropólogo mexicano Manuel Gamio, en 1926, la población mexicana en Estados Unidos sobrepasaba ligeramente el millón (1 085 222), contando a los migrantes residentes censados que ascendían a medio millón y a otro tanto de temporales. Como la población total de México, en 1920, era de 14 234 790, esto significa que estaban fuera del país, en el tiempo de cosechas, 7.6 por ciento del total de

la población (Gamio, 1991). En términos relativos, el peso de la migración en los veinte y en los noventa, dos momentos de intenso flujo migratorio, tenían pesos muy similares. En términos absolutos el crecimiento de la migración mexicana en los últimos veinte años ha sido explosivo.

Si bien los datos sobre la emigración mexicana a comienzos de siglo, son escasos, un acercamiento a casos particulares, donde predominaba la población mexicana, puede ser ilustrativo. En 1920 la población mexicana en el condado de Dimmit, constituía 34 por ciento de la población total y en 1930 los mexicanos representaban 14 por ciento de la población total del condado de Nueces, ambos en Texas. De hecho la emigración de mexicanos hacia esa zona, bastante despoblada, aumentó de manera consistente con el aumento de la población en general (Taylor, 1932).

Los trabajadores migrantes mexicanos fueron incorporándose a ciertos nichos del mercado de trabajo norteamericano, de manera progresiva y persistente, hasta convertirlo en un mercado de trabajo binacional. En 1923 trabajaban en el mantenimiento de las vías del ferrocarril, en la región de Chicago, más de 2 mil trabajadores, lo que representaba 21.9 por ciento del total, pero en 1928 llegaron a ser cerca de 4 mil trabajadores, 42.9 por ciento del total.

La presencia mexicana en la región de Chicago y Calumet se hizo notar, aunque en menor medida, en el sector industrial. En quince plantas industriales de la región de Chicago y Calumet, en especial fundidoras y empacadoras de carne, trabajaban en 1925 unos 6 mil mexicanos lo que representaba 9.3 por ciento del total. Para 1928 el número de mexicanos había aumentado en mil lo que representaba 10.7 por ciento del total de 65 mil trabajadores (Taylor, 1930).

En la agricultura era también muy significativa la presencia mexicana. En 1926-1927, en el Valle Imperial, California, la Oficina del Departamento de Trabajo tenía registrados a poco más de 6 mil mexicanos. En su mayoría eran familias, sólo 214, 3.4 por ciento del total estaban registrados como "solos", es decir que no tenían familia en el valle (Taylor, 1930).

A fines de los veinte el mercado de trabajo se contrajo, se desató la crisis económica y se dio una respuesta del mismo nivel: deportación

masiva. Se calcula en más de medio millón el número global de mexicanos repatriados (Carreras, 1974). Lo curioso es que los únicos deportados fueron mexicanos, no los millones de migrantes europeos o de otros países que habían llegado en fechas similares a los mexicanos. Según Paul Taylor, la deportación, fue selectiva y mucho más intensa en el norte industrial. Se trataba de confinar a los mexicanos en la frontera, donde eran necesarios para las labores agrícolas, pero se pretendía separarlos del mundo industrial (1932).

La fase de los braceros, es nuevamente una danza de millones de personas involucradas. Se estima en 5 millones el volumen total de personas contratadas bajo este programa y en un número igual el flujo de migración indocumentada que lo acompañó. En su momento de mayor esplendor (1956) el sistema de contratación oficial llegó a movilizar a cerca de medio millón de trabajadores. Las deportaciones de la época también fueron memorables, durante la operación *wetback* (1954) se deportaron a más de un millón de personas. Durante la época de los indocumentados sólo existen cifras de aprehensiones y éstas siempre son significativas. En 1986, el último año de esta fase, la patrulla fronteriza llegó a realizar más de un millón y medio de capturas.⁷

En la época de los “rodinos” nuevamente se volvió a manifestar el carácter masivo de la emigración mexicana que fue la principal beneficiaria de los programas de amnistía y trabajadores agrícolas especiales (SAW). Los migrantes mexicanos acapararon el programa y en total fueron beneficiados cerca de 2 millones. Una ley migratoria de carácter general se convirtió, en la práctica, en una ley orientada, de manera casi específica, a la población mexicana. De los beneficiados por la ley 70% fueron mexicanos (Durand, Massey y Parrado, 1999).

Cada día se hace más difícil y peligroso cruzar la frontera. El número de miembros de la *border patrol* se ha multiplicado con los años. Cuando se fundó la patrulla fronteriza, en 1924, fueron destinados al nuevo cuerpo 450 hombres, para cuidar las dos fronteras, norte y sur (Reimers, 1985). En 1993 se destinaron a la frontera sur 3 400 hombres y en 1997 trabajaban cerca de 6 000, lo que significó que el presupuesto

⁷ Como se sabe, no se pueden relacionar arrestos con migrantes, un migrante puede ser aprehendido varias veces.

pasara de 1.5 billones a 3.1 billones. Las bardas también se han multiplicado, entre 1994 y 1977 se habían construido un total de 31.7 millas de bardas y se tiene planeado construir otro tanto semejante. Obviamente, las dificultades para cruzar la frontera han repercutido también en el número de muertos, que en 1999 ascendió a uno por día en promedio (Eschbach, *et al.*, 1999). Hoy, la línea divisoria entre México y Estados Unidos se ha convertido en una de las fronteras más peligrosas del mundo y la más peligrosa en un contexto pacífico.

Si bien nunca se sabrá con total exactitud el volumen de la emigración mexicana, porque siempre está cambiando y hasta el momento creciendo, lo que sí se conoce es su dimensión, se trata de un fenómeno masivo, que afecta a todos los indicadores sociales, económicos y políticos y este es un factor que ha empezado a gravitar en la esfera de la gran política.

CONCLUSIÓN

Si se toma en consideración que estas tres premisas: historicidad, vecindad y masividad son el núcleo esencial y, hasta el momento, inmutable de la migración entre México y Estados Unidos, se puede concluir que la definición exacta y precisa de este flujo es la de un proceso social masivo y centenario en un contexto de vecindad.

Si bien estos tres elementos están interconectados, por proceso entendemos que se trata de un fenómeno dinámico y cambiante y que a la vez ha sido permanente, constante, histórico. El elemento social, lo aporta el nivel comunitario de la experiencia, donde intervienen millones de individuos en ambos lados de la frontera, pero donde participan como familia, comunidad y región, todos ellos interconectados por medio de una compleja red de relaciones sociales, familiares y personales. Pero además de ser social, como cualquier fenómeno migratorio, se trata de un proceso masivo, lo que le da otra dimensión y coloca al fenómeno en el campo de la política o preocupación de alto nivel. Finalmente, la dinámica de ambos pueblos y ambos países se establece en un contexto de vecindad, de territorios compartidos, lo que es una característica única del caso mexicano.

Estos tres elementos pueden transformarse, evolucionar, cambiar y estamos en un momento en que es posible imaginar tal cambio. No es posible pensar en un corte abrupto ni detener el flujo de manera definitiva. Los intentos que se han hecho, a lo largo del siglo xx, han provocado un cambio en el patrón migratorio, pero el flujo no se ha detenido y más bien parece haberse incrementado en números absolutos. El cambio se va a dar, cuando el flujo baje su caudal. En ese momento la migración mexicana dejará de ser “problema” y será vista como un elemento más, en el panorama general, como algo natural y necesario. En ese momento la imagen de la frontera, como construcción social, tendrá que cambiar, el control perderá su carácter coercitivo, se volverá a un control de tipo administrativo e incluso se podría pensar en un libre tránsito.

El flujo puede cambiar de calidad o de status, si el contexto de frontera institucionalizada cambia y se alienta o permite la libre circulación de personas, al igual que la de mercancías. Los cambios que se han dado en Europa y que hoy se dan en la frontera entre México y Estados Unidos, avizoran la posibilidad de un nuevo *statu quo*, donde el libre tránsito de personas sea posible y donde la frontera pierda el carácter institucional que ahora tiene. Para que este proceso se inicie, falta que México empiece a ver los frutos del nuevo modelo económico, que se impuso a la fuerza, hace pocos años. Hasta el momento, los cambios en la estructura económica, siguen generando migración, lo cual había sido previsto, pero lo importante radica en comprobar que en el mediano plazo, se puede revertir el proceso.

Esta definición de la migración como un proceso social tiene obviamente implicaciones metodológicas. Se requiere de un enfoque y una perspectiva histórica para poder entender el proceso. El fenómeno debe estudiarse desde por lo menos dos grandes perspectivas, a nivel macro, como flujo, donde predomina el análisis de tipo cuantitativo y a nivel micro, como proceso, donde predomina el análisis de tipo cualitativo. El carácter bilateral del fenómeno, obliga a que se le estudie en ambos países y que se asuman diferentes perspectivas. Finalmente, es necesario realizar una síntesis de enfoques teóricos y aproximaciones disciplinares, el futuro está en la complementariedad.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIAS, Patricia, *La cocina mexicana*, México, Ediciones Clío, 1998.
- CARRERAS, Mercedes, *Los mexicanos que devolvió la crisis 1929- 1932*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974.
- BAIN, David, *Empire express. Building the First Transcontinental Railroad*, New York, Viking, 1999.
- BEAN, Frank, Rodolfo CORONA, Rodolfo TUIRÁN y Karen A. WOODROW-LAFIELD, "The quantification of migration between México and the United States" en Comisión Binacional, *Estudio Binacional México-Estados Unidos sobre migración*, Austin, Morgan Printing, 1998, tomo I, pp. 1-90.
- CEBALLOS, Manuel, "Frontera e identidad: la versión nacional y la versión de los dos Laredos, a finales del siglo XIX", ponencia presentada en la X Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, Dallas Texas, 19-22 de noviembre de 1999.
- CERRUTTI, Mario y Manuel GONZÁLEZ QUIROGA (compiladores), *Frontera e historia económica*, México, Instituto Mora y UAM, 1993.
- CORONA, Rodolfo, "Mediciones de la migración de mexicanos a Estados Unidos en la década 1990-2000", ponencia presentada en el Foro: Población y sociedad en el México del siglo XXI, SEP, CONACYT, octubre 13 y 14 de 1999.
- DURAND, Jorge, *Más allá de la línea*, México, CNCA, 1994.
- DURAND, Jorge, Douglas S. MASSEY y Emilio PARRADO, "The new era of mexican migration to the United States" en *The Journal of American History*, septiembre de 1999.
- DURAND, Jorge y Patricia ARIAS, *La experiencia migrante*, México, Universidad de Guadalajara, 2000.
- ESCHBACH, Karl *et al.*, "Dead at the border", *International Migration Review*, vol. 33, núm. 2, summer 1999, pp. 430- 455.
- GAMIO, Manuel, *Número, Procedencia y Distribución de los Emigrantes Mexicanos en los Estados Unidos*, México, Talleres Gráficos Editorial y Diario Oficial, 1930.
- GANSTER, Paul, "The U.S.- Mexican Border Region", San Diego State University, 1999, en: borderpact.org/paper/ganster.htm
- MARMOLEJO, FRANCISCO y Fernando GARCÍA DE LEÓN, "Higher Education in the U.S.- México borderlands: a profile", 1999, en: borderpact.org/paper/ganster.htm

- GONZÁLEZ QUIROGA, Miguel, "La puerta de México: los comerciantes texanos y el noreste mexicano, 1850-1880" en *Estudios sociológicos*, núm. 31, México, El Colegio de México, 1993, pp. 209-236.
- REIMERS, David M., *Still the Golden Door. The Third World comes to América*, New York, Columbia University Press, 1985.
- RODRÍGUEZ, Néstor, "The social construction of the U.S.-México border" en Juan F. Vereá *Immigrants Out*, New York, NYU Press, 1997, pp. 223-243.
- SASSEN, Saskia, *Guests and Aliens*, New York, The New York Press, 1999.
- SCHMIDLEY y COSTANZO, "Profile of the Foreign-Born Population of the United States, 1997", versión mecanoscrita, 1999.
- TAYLOR S., Paul, *Mexican Labor in the United States*, tomo I, Berkeley, University of California Press, 1930.
- , Paul, *Mexican Labor in the United States*, tomo II, Berkeley, University of California Press, 1932.
- ZÚÑIGA, Víctor, "Nations and borders: romantic nationalism and the project of modernity" en David Spencer y Kathleen Staudt (editores), *The U.S.-México Border: transcending divisions, contesting identities*, Colorado, Lynne Rienner Publishers, 1998, pp. 35-55.

